

Conocer la Escritura es conocer a Cristo

*CARMELO BUENO HERAS**

1. La dirección de *Sinite*, casi como regalo de fin de curso, me confió la tarea de escribir unas páginas que fueran respuesta a las siguientes cuestiones: «En el principio de la evangelización cristiana, la Biblia fue utilizada como único manual. En la reciente teología de la liberación, también se utiliza la Biblia como el libro de la evangelización. ¿Por qué debe utilizarse la Biblia como manual por excelencia? ¿Por qué no se hace así? ¿Cómo utilizar la Biblia como el libro de la evangelización?».

2. Estos interrogantes, y otros asuntos, viajaron, durmieron, caminaron y me acompañaron, desde el secreto rincón de la alforja de mi memoria, durante los tres meses del veraneo. Le puedo asegurar al lector que, una y otra vez, estos inquilinos abrieron la puerta de su silencio y asaltaron mi atención en circunstancias tan imprevisibles como un viaje en metro por la villa y corte de la capital o un paseo por un inabarcable y agostado rastrojo castellano. En cada una de sus visitas, estos peculiares inmigrantes de mi alforja describían las imágenes de lugares y personas que han ido amueblando mi modesta experiencia de evangelista con educadores y adultos, que tuvieron a bien en su momento sentarse conmigo en la mesa, casi siempre pequeña, con la Palabra entre las manos. Les contaré una de estas «apariciones» antes de ordenar los materiales pensados, leídos o escritos que, espero, den respuesta a los interrogantes y los vea, al fin, liberados de la cárcel de mis pensamientos y sembrados en la tierra de este artículo.

* Profesor del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X».

1. LA BIBLIA ENCADENADA

3. Amanecía, si así se puede expresar, el último año del siglo xx en la pacífica costa de un hermoso lugar chileno. Era el 9 de enero de 1999. Justo las doce de la mañana. Un grupo de educadores comenzaba la celebración de la Palabra que ponía fin al curso de formación sobre «Innovación metodológica de la Enseñanza Religiosa en Educación Básica», impartido por tres profesores del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas San Pío X (Madrid). Se respiraba un agradable, sencillo y acogedor clima ambiental y celebrativo. Pronto llegó el momento de presentar los signos que los pequeños grupos habían preparado como expresión simbólica del trabajo realizado durante la semana del curso. Una educadora se levanta y, en silencio, muestra sin prisas a toda la asamblea el gran ejemplar de una Biblia encadenada que deja sobre la mesa central. En silencio también, otra educadora del mismo grupo se levanta y muestra a todos una diminuta llave con la que abre un candado de la cadena encadenadora de la Biblia. Retira el candado, se guarda en su bolsillo la llave y el candado, y se sienta. De nuevo y en silencio, otra educadora repite los mismos gestos y así hasta siete educadoras: siempre en silencio, todas mujeres, con sus llaves y candados hasta liberar a la Biblia de su encadenamiento para poderse abrir y ser leída.

4. Puedo decir que los candados de la cadena parecían invisibles, pero allí estaban y uno a uno los siete se fueron abriendo con la magia de la clave de las educadoras. Les confieso que aquellos momentos me parecieron interminables. Si hubiera mirado el reloj les podría decir los minutos que transcurrieron, pero se comprenderá que la densidad del mensaje del silencio y el peso significativo de los gestos me hicieron olvidar estas preocupaciones. Ante la Biblia encadenada, ni una sola palabra pronunciaron las ocho mujeres, pero en sus gestos se amasaban incontables interrogantes, denuncias, afirmaciones y confesiones. No había alegría en el rostro de estas mujeres, pero sí una evidente emoción serena cargada de inmensa ternura.

5. Éste era su signo y su mensaje. Ahí estaban, para ser contempladas, las conclusiones y propuestas del grupo de trabajo. Sobre la amplia mesa central de la asamblea descansaban desencadenadas las cadenas y, sobre ellas, abierto el gran ejemplar de la Biblia, la Palabra liberada. Y, sin nadie haberlo preparado o provocado, otra persona de la asamblea se atrevió a levantarse y, con cuidado, retiró de la mesa las cadenas y dijo: «Para que nadie de nosotros caiga en la tentación de volver a encadenar la Buena Noticia de la Palabra de Dios».

6. A este signo le siguieron otros. Y continuó la celebración de la Palabra hasta su final. Sé que allí no hubo fotografías. Todas las imágenes de este breve, pero intenso, acontecimiento quedaron sólo grabadas en las entretejas de los corazones de todos nosotros. Ni una huella de los demás signos presentados he podido rastrear entre mis neuronas; tampoco he podido recordar el eco o el mínimo susurro de ningún texto leído en esos momentos. La imagen inicial de la Biblia encadenada creo que ocupa todo el espacio disponible del cedé de aquella celebración.

7. Puesto que he comenzado por compartir las confesiones, le diré al lector, por completar éstas, que la visita de mis inquilinos interrogantes veraniegos sucedió aquella mañana de paseo por el agostado e inmenso rastrojo castellano. En medio de él, encontré un manantial y al amor de su agua limpia, fresca y clara, todo el silencioso horizonte de mi mirada se me hizo memoria y presencia de aquellas ocho mujeres chilenas y de su Biblia encadenada. Y digo en este mismo párrafo que algunas semanas después viajaba en metro por Madrid con un puñado de fotocopias entre las manos. En la nota 3 de una de sus páginas leí un texto que instintivamente desencadenó la presencia de la «visión» que acabo de contar. Leí varias veces la nota y decidí entonces incorporarla a los surcos de la tarea asumida en junio. Las aludidas fotocopias llevaban en su título la expresión «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo». Ahora, habrá comprendido el lector por qué este artículo lleva en su cabecera este mismo mensaje.

8. La mencionada expresión «Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo» pertenece a san Jerónimo y mereció la atención de los hermanos conciliares del Vaticano II que la incorporaron y citaron, aunque fuera en el penúltimo número, en el documento sobre «La Palabra de Dios» (*Dei Verbum* 25). Escribiré aquí, en este apartado ocho como el número de aquellas educadoras chilenas, el texto de la nota antes aludida, porque entiendo que desde sus ya lejanas afirmaciones se comprende que la Biblia estuviera encadenada. Después de leído el texto, se comprende mejor aún el atrevimiento liberador que supuso el gesto de las educadoras. Doy también las gracias a José Luis Vázquez por haber tenido la amabilidad de traducir el original latino de las llamadas «reglas tridentinas», promulgadas por Pío IV en 1564 (DH 1854).

*Y el texto dice así: «Puesto que es manifiesto por experiencia que, si se permite la sagrada Biblia en lengua vulgar en cualquier parte sin discernimiento, resulta de ello más perjuicio que ventaja, sobre tal problema corresponde al juicio del obispo o del inquisidor poder conceder, con el consejo del párroco o del confesor, la lectura de la Biblia traducida en lengua vulgar por autores católicos a aquellos de quienes han constatado que pueden sacar de tal lectura no un perjuicio, sino un crecimiento de la fe y de la piedad». [Cf. José Luis Vázquez, «La Dei Verbum: “desconocer la Escritura es desconocer a Cristo”», *Sal Terrae*, 92 (2004), 695-696].*

2. LA BIBLIOTECA DE LA BIBLIA

9. Asentado, por fin, en Madrid hacia finales de septiembre, dedico unos días a poner orden en las informaciones y confesiones que los inquilinos de mi memoria dejaron en mi alforja de viajero veraniego. De manera reiterativa, estos inquilinos me recordaron el sueño de un biblista y pastor. Fiado de él e iluminado por su mensaje transcribo para el lector, en primer lugar, unas palabras de la intervención de Carlo María Martini en el Sínodo de los

obispos europeos el 7 de octubre de 1999: «*También yo en estos días, escuchando las intervenciones, he tenido un sueño. Sobre todo, el sueño de que, a través de una familiaridad cada vez más grande de los hombres y mujeres europeos con la Sagrada Escritura, leída y rezada en soledad, en los grupos y en las comunidades, se reavive aquella experiencia del fuego en el corazón que tuvieron los dos discípulos en el camino de Emaús... También por mi experiencia, la Biblia leída y rezada, en particular por los jóvenes, es el libro del futuro del continente europeo*». [Cf. *Sal Terrae*, 1029 (1999), 939].

10. La Biblia es el libro del futuro del continente europeo, acaba de señalar el biblista Martini. A mí y seguramente a muchísimas personas del ámbito eclesial nos gustaría que así fuera. Muy pocos de los presentes estarán en pie y respirando en los días finales del siglo XXI para evaluar en su justa medida las dimensiones reales de este sueño y constatar si fue o no verdad que la Biblia resultó ser «el libro» de estos cien años, por ejemplo. Me atrevo a confesar que al tratar las cuestiones del mañana se me despierta dentro una voz que parece provenir de la mejor experiencia de los vivientes en la naturaleza: los que trabajan por el futuro se dedican a cultivar semillas. En una semilla hay un árbol y en un puñado de ellas, un bosque. Una gota de agua no es un río, pero podrá llegar a serlo... El Reinado de Dios es semejante a una semilla... (Mt 13, 31). Y una Biblia es una semilla. ¿Quién conoce la fuerza o los frutos de esta semilla cuando habitualmente uno se reúne con otra u otras personas y, para cultivarla, abren el libro, lo leen juntas, dialogan, investigan, oran, disciernen o se comprometen?

11. Me quedo, por ahora, en el tiempo presente y dejo para el mañana su futuro. Inspirado más por Martini que por su sueño, vuelvo a recordar con infinita sencillez que la Biblia es un libro. Nuestras actuales Biblias tienen el formato de un libro, más o menos voluminoso según las tipografías de la impresión. Pero se trata, sin duda, de un libro muy especial, no sólo por razones religiosas, sino más bien por puras razones materiales. Por decirlo con una imagen, la Biblia vendría a ser como el conjunto de libros de una

estantería de cualquier biblioteca. Esto es lo que significa el vocablo «Biblia» en su lengua griega original, «los libros» (*biblion-biblia*, el libro-los libros). Hasta la llegada de la imprenta no será sencillo encontrar todos los libros de la Biblia reunidos en un solo volumen fácilmente manejable como solemos tener en nuestros ejemplares de la Biblia. Cada libro de la Biblia tiene su comienzo, su desarrollo y su final. Son entre sí independientes y, generalmente, muy diferentes unos de otros tanto por el fondo de contenido como por la forma literaria de su presentación. Quizá algún ingenioso investigador pueda identificar una remota semejanza entre el libro del Génesis y la Carta de Pablo a Filemón. Sin embargo, es cierto que algunos de estos libros, sin perder nada de su peculiar e independiente identidad, sí poseen muchas y evidentes semejanzas. Incluso se les puede leer conjuntamente (sin-opsis) y por eso se les denomina sinópticos, como los Evangelios de Marcos, Mateo y Lucas.

12. Recuerdo aquí estas cuestiones no porque le sean desconocidas al lector, sino porque siempre deben estar muy presentes. Es tan constante la costumbre de leer «trocito a trocito» y nunca seguidos o completos estos libros de Biblia que algunos pueden llegar a tener la impresión de que la Biblia es sólo un arsenal inagotable de «buenos pensamientos», «sabias reflexiones» o algo semejante y muy apropiado para justificar, garantizar o avalar tal principio ético o su contrario. Para esta función ha servido, y sigue sirviendo, la Biblia en multitud de casos, documentos, exhortaciones, planes, problemas, decisiones o proyectos. Este peligroso proceder suele estar presente siempre que alguien pregunta o se pregunta: ¿qué dice la Biblia sobre la cuestión de...?

13. ¿No es normal leer de principio a fin, sin demasiadas prisas y reflexivamente, un ensayo, una novela, un libro de poemas, una obra de teatro? De la misma manera, habitual debería ser en los ámbitos eclesiales, «la lectura», personal o en grupo, de los distintos libros de la Biblia. Refresco mi memoria y la del lector si ahora que esto digo evoco la figura de aquel servidor de la reina de Candace (¡curioso, eh, un estudioso africano de la entonces

Etiopía, investigador religioso, eunuco!) que va leyendo el libro de Isaías y al encontrarse con el evangelista-evangelizador y helenista Felipe le pide que le ayude a comprender lo que está leyendo (Hch 8, 26-40). ¿Cómo nos gustaría definir o nombrar este encuentro de las dos personas y el diálogo interreligioso que se atreven a mantener a propósito del libro que sostienen entre sus manos? ¿Encuentro bíblico? ¿Turismo religioso? ¿Jornadas sobre Isaías? ¿Las Religiones del Libro? ¿Profetas de Dios y del pueblo? ¿La evangelización de los pueblos? ¿Mesías, mesianismos e imperios políticos? ¿La Buena Noticia de la salvación? El punto y seguido de aquel encuentro se selló con el bautismo del primer africano conocido. Es de suponer que el etíope continuó su formación permanente orientado por los mensajes de Isaías y Jesús de Nazaret, de la misma manera que Felipe siguió su misión de evangelizador. ¿Quién, me pregunto, puso el libro de Isaías en las manos de este servidor etíope? Seguramente, el mismo viento que transporta y acuesta donde quiere las semillas de los frutos y las flores.

14. Estas semillas de los libros de la Biblia, como ya se ha apuntado, necesitan los cuidados constantes de evangelizadores como este Felipe del libro de los Hechos o como Bernabé, Juan Marcos o Pablo que ciertamente no llevaron entonces en sus alforjas pastorales los libros que, en nuestras Biblias, forman parte del llamado Nuevo Testamento. Estos libros se fueron escribiendo y difundiendo entre las gentes por obra de otros evangelizadores a quienes me gusta llamarlos, en general, «evangelistas», porque ellos acertaron a plasmar en mensajes inteligibles y creíbles la Buena Noticia de la vida, la Palabra y la misión de Jesús de Nazaret. Los escritos de estos evangelistas-evangelizadores fueron apareciendo en la segunda mitad del primer siglo como evangelios, cartas, discursos o revelaciones. Ellos son, a la vez, la evangelización o comunicación de la Buena Noticia y los evangelizadores o servidores que continúan la obra iniciada por Jesús. Contemplado en su conjunto, podría decirse que este acontecimiento, ocurrido en la historia en un pequeño rincón del Mediterráneo, es el gran libro abierto de la primera evangelización cristiana. Años más tarde, hacia finales del segundo siglo, la gran Iglesia de las comunidades cristianas posee una casi

total claridad sobre el conjunto de los libros que narran y expresan su fe, a los que reconoce como los libros de la Palabra de Dios, a quienes denomina con el nombre de Biblia y que se agrupan alrededor de la luz de la antigua alianza, fe, herencia y testamento de Israel y de la nueva luz de Jesús de Nazaret, resucitado y presente en el mundo y entre sus seguidores. La apasionante tarea de la recopilación de estos escritos, llamada «historia del canon de la Escritura», desborda las dimensiones de los objetivos de este artículo, pero lo dejo apuntado para la curiosa información e investigación de los lectores. Esta historia fue, sobre todo, un inmenso y evangelizador ejercicio eclesial de diálogo intercomunitario.

15. Este histórico y religioso conjunto de libros de la Biblia no es el «librito» del que se habla en Apocalipsis 10, 8-11: *«Y la voz del cielo que yo había oído me habló otra vez y me dijo: “Vete, toma el librito que está abierto en la mano del Ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra...”*. Tomé el librito de la mano del Ángel y lo devoré y fue en mi boca dulce como la miel, pero cuando lo comí, se me amargaron las entrañas. Entonces me dicen: “Tienes que profetizar otra vez contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”». Otro librito semejanza a éste le fue mostrado al profeta Ezequiel en los orígenes de su llamamiento (Ez 2, 8-3, 3). Ni el profeta del AT, ni el apocalíptico del NT, ni los actuales lectores comen o se alimentan, en sentido literal, de tales libros. Sin embargo, la imagen utilizada para presentar entonces la Palabra de Dios tiene una enorme e innegable potencia evocadora. La dulzura en la boca y la amargura en las entrañas alude a una experiencia que muchísimas personas han tenido en sus relaciones con la Palabra. Sobre todo, cuando esta relación pasó de la escucha a la acogida y de ahí al anuncio explícito de ella.

16. El gesto de devorar que es el comer con ansiedad alude, en el ámbito de la experiencia religiosa, a la acción de comulgar, como muy bien lo expresan las afirmaciones del Concilio Vaticano II: «La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir

a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (*Dei Verbum* 21). El libro y los libros de la Biblia no son, en su sentido material y literal, aquel librito, pero todos ellos pertenecen al mismo universo simbólico, significativo y hasta sacramental con el que los autores bíblicos se referían a la Palabra de Dios. Estos libros están siempre en manos de Dios, de él proceden y es él quien los entrega gratuitamente por medio de su Ángel al profeta, al vidente del Apocalipsis y, en general, a todos los aquí llamados evangelistas. **Inspiración divina** se le llamará a este proceso en la historia de la teología cristiana.

3. EL LIBRO DE DIOS

17. Las últimas afirmaciones del apartado anterior me abren de par en par las puertas para abordar la respuesta a la primera de las preguntas que se anunciaban en el principio de estas páginas: **¿Por qué debe utilizarse la Biblia como manual por excelencia?** Se acaba de insinuar que la Biblia es el libro de Dios. La expresión «libro de Dios» es semejante o equivalente a la expresión «Palabra de Dios», usada constantemente tanto en las aulas de la Teología como en las celebraciones de la liturgia. En estas expresiones el determinativo (de Dios) del nombre (libro-palabra) puede entenderse como un determinativo explicativo, de posesión o de cualidad. Este complemento determinativo (de Dios) se relaciona con multitud de nombres en nuestro habitual lenguaje religioso cristiano: reino de Dios, luz de Dios, fidelidad de Dios, salvación de Dios, perdón de Dios, gracia de Dios, justicia de Dios... Mayoritariamente se trata de determinativos explicativos. Es el recurso que la lengua ofrece al creyente para «hablar de Dios», el siempre inabarcable, y decir de Él que es justicia o justo, gracia, perdón, salvación, fidelidad, luz, reino, palabra o libro... Así es como Dios se ha dado y se sigue dando a conocer y así es re-conocido por los humanos y creyentes. Estas «cosas y realidades» de la creación son otras tantas visibles manifestaciones de la invisible presencia de Dios, de su hacer y decir, de su obra y de su palabra, de su identidad. Esto es lo que expresa la primera página de la Biblia en el

Libro del Génesis cuando confiesa, por medio del vestido literario del mito redactado hacia el siglo VI antes de Cristo, que Dios ha edificado su casa, que es toda la obra de la creación, para acoger en ella a toda su familia, que es la humanidad de todos los tiempos.

18. Este mundo y sus habitantes es para el creyente la expresión de Dios, como explícitamente lo proclama el salmista en su oración: *«el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos»* (Salmo 18, 1). **La gloria de Dios es la obra de sus manos.** Dios se ha dado a conocer y ha comunicado a todos la buena noticia que es él mismo. No desea ser un Dios sin nosotros, no desea ser un Dios solitario, alejado o mudo. Su casa es nuestra casa y su pueblo es nuestro pueblo y quiere ser conocido aquí y por todos. ¿No es éste el núcleo fundamental o el corazón viviente de la evangelización de la que decimos los cristianos que es «la misión» de la Iglesia? Evangelizar es, prioritariamente, manifestar, hacer visible y creíble la presencia de este Dios cercano, comunicador y comunicativo, encarnado. Este Dios con nosotros sale al encuentro de los vivientes en los innumerables caminos de los libros del Libro de su Palabra. Y en ellos, lo mismo que en los diversos senderos de la creación o en los secretos rincones del corazón, los caminantes de la vida encontramos al Dios que nos busca, nos acoge y reconoce. **La primera razón** por la que la Biblia, el Libro de Dios, debe ser el manual de la evangelización es, pues, claramente teológica: Dios fue el primero en darse a conocer y quiere ser un Dios con nosotros.

19. Se comprenderá ahora fácilmente que **la segunda razón** por la que la Biblia debe ser el manual de la evangelización es cristológica. A este Dios cercano, padre y madre de la casa universal y de la familia humana, lo hemos visto encarnado, viviente en la historia y humano en la persona de su Hijo, Jesús de Nazaret. Este Jesús es el sacramento de Dios por haber sido su imagen y semejanza entre nosotros, su revelador, el comunicador de los sueños de su corazón y la culminación de su reinado en la obra de la creación.

20. El llamado prólogo del cuarto Evangelio, entre otros muchos textos de los libros de la Biblia, ha plasmado con transparente nitidez esta confesión de la fe cristiana. Sugiero que el lector tome ahora entre sus manos Juan 1, 1-18. Enseguida caerá en la cuenta de que se trata de un texto muy conocido. Puede comenzar la lectura por el versículo 18. El Hijo ha venido a contarnos todo sobre «su» Padre. Y eso es lo que hará a lo largo de todo el evangelio: hablar de Dios, tal vez, de «su» Dios. Por esto justamente, Jesús es el mejor y más completo evangelizador. ¿Podrá un evangelizador de nuestros días olvidarse de este evangelio? ¿No sentirá al menos la curiosidad de «saber» qué dijo Jesús de su Dios y qué estrategias (gestos, lenguajes, lugares, personas...) evangelizadoras movilizó para llevar a cabo su prioritaria misión? He pensado muchas veces que este libro del cuarto evangelio es todo un curso de pedagogía provocadora y comprometida de la evangelización. Incluso, se le invita al alumno de este curso de pedagogía a que, al final de su lectura del evangelio, escriba su personal memoria de «aptitud o idoneidad» para ser evangelizador como Jesús (cf. Jn 21, 24-25).

21. Volvamos al texto. Después de leer el versículo 18 conviene releer el anterior. La ley nos vino por Moisés, la verdad nos vino por Jesús. Los paralelismos y sus correspondientes diferencias están bien definidos. Jesús no es Moisés y la verdad no es la ley. Jesús y su verdad es lo primero y a su luz debe interpretarse lo anterior. Como anuncia el verso 16, Jesús es la plenitud. Desde esta plenitud de Jesús, se debe contemplar tanto lo pasado como lo que está por llegar. Y este versículo añade una afirmación más y, curiosamente, nunca destacada suficientemente: la plenitud que es Jesús ha sido entregada gratuita y totalmente a todos. ¿De qué plenitud se trata?, ¿cuál es esta plenitud de Jesús?, se preguntará todo lector consciente de la trascendencia de estas afirmaciones. La respuesta sólo podrá encontrarse en la exposición realizada en los versos anteriores del texto. Según muchos de los estudiosos de este prólogo, se identifica a Jesús de Nazaret, primero, como «la» Palabra de Dios (vv. 1-2). Segundo, como la Palabra «creadora» (vv. 3-5) de todo cuanto existe, semejante en este sentido a lo expresado y comentado anteriormente sobre la primera página del Génesis. Y, tercero,

como la Palabra «encarnada» (vv. 10-12) en la obra de su creación. Estas tres dimensiones constituyen la plenitud del Hijo único de Dios. Y de ellas, por su gracia, participamos todos.

22. Éste es el sólido fundamento que avala la obra evangelizadora de Jesús y, por ello mismo, justifica también la evangelización de los seguidores. Esta plenitud no es sólo el fundamento de la evangelización, sino que en ella está también el contenido específico de esta misión cristológica y eclesial: dar a conocer la buena noticia que es Dios mismo, o dicho de otro modo, compartir esa misma buena noticia que todos hemos recibido gratuitamente, por medio de Jesús, Palabra de Dios. Una vez más, y desde la perspectiva de Jesús de Nazaret, se ha de afirmar que toda acción evangelizadora debe realizarse en comunión directa y constante con esta Palabra a la que se accede, muy directamente, por medio de la palabra de los libros de la Escritura, llamada en este contexto «manual de la evangelización». Esta Escritura será, con y desde Jesús, un privilegiado lugar para el cotidiano encuentro de Dios y de sus hijos, objetivo y finalidad de toda acción y proyecto de evangelización.

4. LA BIBLIA MARGINADA

23. Conscientemente, he guardado silencio ante unas, explícitamente, acusadoras expresiones de este prólogo. Ellas nos introducirán en la respuesta al segundo interrogante que se me invitó a considerar: **¿Por qué no se hace así? o ¿por qué no es la Biblia el manual por excelencia de la evangelización?** Los primeros datos de la respuesta los encontramos en el mismo texto de Juan que tenemos entre manos. Cito cuatro expresiones cargadas de imágenes y simbolismos sencillos de comprender:

- «*La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron*» (v. 5).
- «*El mundo fue hecho por ella y el mundo no la conoció*» (v. 10).

- «*Vino a su casa y los suyos no la recibieron*» (v. 11).
- «*La Palabra se hizo carne y puso su tienda entre nosotros*» (v. 14).

24. Si releemos las tres primeras expresiones podría decirse que es normal que la sombra rechace la luz, sin embargo suele ser extraño que un familiar no sea recibido en su propia casa, y sin duda es muy sorprendente que un hijo no reconozca a su madre. Todo esto se dice, según el presente discurso, de la Palabra que es Jesús y de su presencia en la historia de su pueblo y de su relación con sus gentes. La imagen de la cuarta expresión citada lo confirma plenamente: Jesús, o la Palabra encarnada, es la tienda plantada en medio del campamento que es el pueblo.

25. Este pueblo, que es a la vez su pueblo y el de Dios, rechazó a Jesús por medio de sus representantes políticos, jurídicos y religiosos. Jesús no fue para este pueblo y sus representantes «la Palabra de Dios» que esperaban o que deseaban escuchar, ver o tocar. Según la simbología de estas imágenes, ellos son la sombra que aborrece la luz, los amos acaparadores, y por ello ignorantes, de la casa que se les había regalado. La imagen de la tienda, que es Jesús, no sólo evoca experiencias estéticas o ecológicas, sino, sobre todo, realidades histórico-religiosas propias de este pueblo. Tiendas y campamentos forman parte de la historia del Israel del Éxodo. Y tienda, por excelencia, fue el templo de Jerusalén edificado por Salomón y que, con el paso del tiempo, acaba siendo corazón de la vida, economía, política y religión de todo el pueblo. Según el evangelio de Juan, el encarnado Jesús se presenta en medio de los suyos como el nuevo templo o la tienda de la presencia de Dios (cf. Jn 2, 13-24 y todo el capítulo 10). La identidad de Jesús, las dimensiones de su tienda, y las consecuencias de su mensaje no encajaban con la identidad y misión de su Templo. Por eso les resultó más sencillo enterrar a Jesús que acabar con su templo. Rechazó Israel a Jesús, la Palabra de Dios, y renunció así a conocer la verdadera identidad de su Dios.

26. La cuestión sobre este Templo y, en su lógica, la cuestión sobre el sacerdocio judío, la ley de Moisés y su tradición sobre la figura del Mesías impidieron el encuentro de Dios con sus hijos. Estas cuestiones fueron entonces las razones para no reconocer y marginar a Jesús como el libro vivo y abierto de la Palabra de Dios. Y éstas son, en el fondo, las auténticas razones que en la historia de la Iglesia han impedido en numerosos momentos presentar la Palabra de Dios como un manual vivo y abierto de la buena noticia de la evangelización. ¿Cómo olvidar, ante estos hechos de la memoria cristiana original, la «regla tridentina» que se citaba en el número 8 de estas páginas? Todos los genéricos personajes, a quienes aquí se ha aludido, son los responsables del desconocimiento de la Escritura y, en la misma medida, responsables también del desconocimiento de Cristo. ¿Acaso estas personas «con autoridad pastoral» en el ámbito eclesiástico no tuvieron la oportunidad de leer, estudiar y saborear la dulzura de la Palabra en su proceso de formación ministerial? O, quizá, ¿comprendieron pronto por experiencia propia la amargura de esta Palabra en sus entrañas y desearon ahorrársela a las gentes de sus pueblos, diócesis, parroquias o escuelas? Por no ser demasiado injustos en estas valoraciones se debe subrayar que el estudio de la Teología, en un amplísimo tramo de la historia de la Iglesia, tenía sus manantiales de alimentación no en la Palabra de la Escritura, sino en la reflexión filosófica de las antiguas corrientes griegas, sobre todo, de los genios Aristóteles y Platón. Destacadas personalidades de la reflexión cristiana como Agustín de Hipona, primero, y Tomás de Aquino, después, fijaron sus preferencias más en el universo ideológico de la Grecia clásica que en las narraciones de la fe escritas en la tierra de Israel y de Jesús por las primeras comunidades, cristianas y evangelizadoras. Si estos fueron los criterios que orientaron la formación de «las cabezas pastorales» no es extraño constatar la ignorancia bíblica del pueblo cristiano.

27. Esta carencia de la palabra y del mensaje bíblico fue suplida por la imagen cercana, popular y sugerente de los artesanos de la piedra, el lienzo o la madera. Ellos recrearon en sus obras para el pueblo los relatos de la Biblia. **La Palabra entonces se hizo imagen.** La lectura y la escucha de

la Biblia desapareció irremediamente. Y olvidada quedó la pretensión, por ejemplo, de Jerónimo que gastó los mejores sudores de su vida en poner el texto de las Escrituras en la lengua hablada por el pueblo. ¿Cuánto tiempo se tardó en recuperar tan lamentable pérdida como fue la lectura de la Palabra? La respuesta la podrán encontrar en personas o colectivos semejantes a aquellas ocho educadoras chilenas que, por primera vez a finales del siglo xx, pudieron leer y reflexionar emocionadas la Biblia, que otros evangelizadores pusieron entre sus manos. Sé que hay otras muchas razones por las que la Biblia no pudo tenerse durante muchos siglos e, incluso ahora, como el manual eclesial de los evangelizadores cristianos, pero dichas las más importantes me parece suficiente respuesta.

5. CON LA BIBLIA ENTRE LAS MANOS

28. El tercer inquilino de mi alforja se identifica con esta pregunta: **¿Cómo utilizar la Biblia como libro de la evangelización?** Hoy, los creyentes tenemos claro que la evangelización es el primer anuncio de la Buena Noticia de Jesús a todos aquellos que desean, al menos, escuchar su voz o comprender su mensaje o acercarse a la realidad de su persona y de su obra. Este primer anuncio evangelizador, debido a múltiples razones que ahora no es preciso comentar, debe hacerse con urgencia en el interior de la misma Iglesia, porque es muy frecuente el hecho de pertenecer a esta Iglesia sin tener experiencia mínima del seguimiento de Jesús o no haber asumido responsablemente las condiciones básicas de tal seguimiento (cf. José María Castillo, *El seguimiento de Jesús, Sígueme, Salamanca 1996*, pp. 15-28).

29. La gravedad de esta situación es mayor si se tiene en cuenta que la propia Iglesia de Jesús se dijo a sí misma y de forma oficial y pública, en 1943, que la Biblia no sólo debe estar en manos de los especialistas y en sus facultades de Teología o en los cursos especializados en toda suerte de temas bíblicos, sino que debe estar entre las gentes que son el pueblo

de Dios. Éstas eran las orientaciones que Pío XII ofrecía en la encíclica *Divino Afflante Spiritu* y, pocos años después, lo reafirmaba el Concilio Vaticano II en la constitución *Dei Verbum*. La Iglesia estaba entonces constatando que la Biblia había llegado al siglo xx siendo una gran desconocida para la mayoría de los cristianos, en particular, de los católicos. Pero, definitivamente, será el documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de la Pontificia Comisión Bíblica, quien devuelva a la Biblia su perdido protagonismo entre las gentes de su pueblo. Esto sucedió el 23 de abril de 1993. Desde ahora queda claro que la Biblia es el libro de Dios y de todos, pero sigue en pie el reto de ponernos a la escucha de su magisterio.

30. Puedo aquí confesar sin sonrojarme, por ser inocente en esto, que hasta los quince años bien cumplidos nadie tuvo la osadía de poner una Biblia entre mis manos. A esa persona, nunca le agradeceré lo suficiente su atrevimiento. Este hecho lo he recordado en muchas ocasiones y siempre lo mantuve unido a las reiteradas orientaciones de mi profesor de Nuevo Testamento, Xavier Pikaza, que nos hacía trabajar su asignatura, en la lejana década de los años setenta en Salamanca, con «el libro de texto», la Biblia completa, abierto y en constante manejo. Y, en esa buena lógica, los correspondientes exámenes se realizaban también con la inestimable ayuda de la presencia de la Biblia «ilustrada o manchada» con innumerables anotaciones, subrayados, glosas, apuntes en colores o comentarios.

31. He traído este recuerdo a la tierra de estas páginas, porque sé por experiencia que **poner una Biblia en manos de los evangelizandos** es la primera tarea que debe realizarse para que la Biblia sea el manual de la nueva evangelización. En cualquier reunión suele resultar impropio hablar de personas no presentes en la sesión. Sin embargo, ¿con cuánta frecuencia se habla de la Biblia en su ausencia! ¿Cuántas reuniones sinodales, por estar en candelerio últimamente estas iniciativas, se han tenido sobre los más diversos temas de la fe o de cuestiones eclesiales sin el libro de la Palabra de Dios entre las manos? Mas, ¿en alguna de estas iniciativas pastorales se ha

ofrecido la Biblia como único libro de texto, de lectura, de trabajo, de diálogo o de investigación? Creo que se han perdido valiosas ocasiones de leer juntos la misma Palabra que a todos nos reúne.

32. Deliberadamente, he sembrado muchas veces en la escritura de estas líneas las palabras **leer, lectura o lector**, porque esta acción es la segunda propuesta que ofrezco para que la Biblia sea el manual de la evangelización y también de la nueva evangelización. Después de tener la Biblia abierta, leer lo que ella dice, porque ésta es la única manera de escuchar su mensaje y dar el primer paso para comenzar a «entenderla». Por ilustrarlo con un ejemplo diré de nuevo desde mi particular experiencia con educadores de la fe que suelo preguntar, entre otras cosas, por el número de las bienaventuranzas, por las palabras con las que se inicia el relato de las bodas de Caná, por el motivo de la huida de Jonás hacia Tarsis, o por lo que ocurre en el cuarto día de la creación según el primer relato del libro del Génesis. Puede el lector, en este momento ejercitarse también como buen alumno y responder. Posteriormente, puede constatar «con el texto entre las manos» la calidad o validez de sus respuestas.

33. Espero que alguno haya comprobado, por ejemplo, que el relato de las bodas de Caná no comienza con la expresión litúrgica: «En aquel tiempo se celebraba una boda...», sino que comienza con una expresión típica de las confesiones de fe en el resucitado: «Al tercer día...». Este relato, pues, hay que comenzar a comprenderlo como una confesión de fe y no tanto como la narración de un acontecimiento «tal cual» o literalmente histórico. Esta, en apariencia, insignificante menudencia de «al tercer día», escrita en su texto por el autor, coloca al lector en una determinada clave de comprensión de su relato. Este delicado ejercicio de la atenta lectura de los textos exige siempre paciencia y los actuales tiempos de nuestras gentes no ayudan demasiado a este tipo de tareas.

34. Hay hechos y razones poderosas para afirmar que actualmente la Biblia sí es el libro de texto habitual en nuestros centros de Teología cristiana. Y en

sus aulas y departamentos han surgido abundantes e iluminadores estudios sobre toda suerte de cuestiones y asuntos relacionados con la Biblia. Ella sí está siendo aquí un manantial de vida y sabiduría limpia, fresca y generosa; sin embargo, aún queda mucho por hacer para que esta vida llegue al pueblo y esta sabiduría sacie su sed de luz, de sentido y de Dios.

35. Ya que he manifestado estas dos elementales sugerencias para que un día veamos a la Biblia como la primera evangelizadora, me atrevo a expresar con la paciencia de la esperanza un tercer deseo: ver reconocido en un documento oficial la identidad del **servicio o ministerio eclesial del evangelista**. En cierta reciente ocasión se hizo así con algunos servicios litúrgicos como el ministerio del lector. Quise entender entonces que se balbuceaban ciertos pasos, pero el tiempo pasa y no hay nuevas ni buenas noticias para mi esperanza. A cada paso me encuentro con personas a quienes tengo como evangelistas, porque a la asidua lectura y estudio personal de la Biblia asumen un doble trabajo: por una parte, se acercan a los investigadores y expertos de la ciencias bíblicas para comprender sus estudios y asimilar sus conclusiones; y, por otro lado, se esfuerzan por hacer llegar a las gentes de su alrededor y compartir con ellas estas buenas noticias esclarecedoras del mensaje de la Palabra. Estas personas son las **servidoras de la Palabra**, como señala Lucas al comienzo de su obra (Lc 1, 1-4). Su servicio está siendo inestimable y, seguramente, gozan del aprecio de muchos estamentos eclesiales, pero en ningún lugar o documento se ha reconocido, expresa y oficialmente, su ministerio. Sé que esta oficialidad no añadirá nada a su actual y futuro servicio y misión, pero ayudará a que un día cercano sea la Biblia el libro y manual de toda acción evangelizadora de la Iglesia, sobre todo, para que en el pueblo cristiano se desarraigue, como mínimo, la ignorancia sobre el texto de la Escritura.

36. Por fin, antes de concluir estas páginas quiero compartir otro par de experiencias como hice al comienzo de la andadura del artículo. Quiero con ellas ejemplificar alguna dimensión del estilo de vida de esta figura

del evangelista en la que creo y por la que me esfuerzo también en mi trabajo. Deseo ser, en mi sencilla pretensión, a mi manera y porque ya lo ha sido o lo son muchísimos hombres y mujeres, un evangelista.

37. He vuelto a leer este verano *El hereje*, de Miguel Delibes, aunque la tentación fue enfrentarme con *El código Da Vinci*. Elegí el primero después de haber leído unas palabras, que Juan Pablo II dirigió a los cardenales en 1994, citadas por Delibes a modo de «aviso de navegantes» al comienzo de su novela: «*Es preciso que la Iglesia... revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a luz de los principios del Evangelio*». La voz interior de esta vocación de evangelista me hizo guardar en la alforja de veraneo el libro *El hereje*. A quienes lo hayan leído les recuerdo sólo los trágicos temores de Cipriano Salcedo a verse condenado definitivamente y para siempre. Temores arraigados en su experiencia religiosa por la doctrina dogmática de entonces. Temores que sólo acertó a integrar y casi, incluso, a superar al encontrar una buena noticia de salvación en la llamada entonces «herejía». ¿Fue esta buena noticia la que le mantuvo sereno ante la tragedia de su pública condena y muerte en la hoguera fuera, como Jesús de Nazaret, de su religiosa ciudad? La dulzura de la miel que encontró Cipriano en la Palabra se convirtió pronto en amargura irremediable en sus entrañas. Si entonces se hubiera conocido la Palabra y al servidor de ella, Jesús de Nazaret, como ahora la vamos aprendiendo desde el liberador encuentro con él en la Biblia, nunca se hubiera encendido el fuego de aquellas hogueras deshumanizadoras.

38. Y a esta reflexión sobre lo acontecido por Valladolid en el siglo XVI anudo ahora otro ejercicio, sobre estos mismos temas, que suelo proponer a aquellos grupos de educadores de la fe con quienes me une la lectura compartida de la Biblia. Tomé la decisión de hacerlo así un día del verano de 1999 cuando algunas emisoras de radio transmitieron las palabras de Juan Pablo II en la audiencia del miércoles 28 de julio sobre el tema «*El infierno como rechazo definitivo de Dios*». Semanas más tarde fotocopí la página 23 del número 2959-60 de la revista *Ecclesia* que contiene el texto

íntegro de aquella ya lejana audiencia. Cuatro breves apartados tiene el texto completo. La fijación del tema en el primero. Las afirmaciones que hace la Biblia sobre el infierno y sus correspondientes citas, en el segundo apartado. El tercero y central, la interpretación de las imágenes bíblicas y su mensaje. Y el cuarto, algunas acertadas aplicaciones con el fin de erradicar posibles y deformadoras angustias o psicosis. Leído y meditado en su conjunto, este texto constituye un gozoso anuncio de la buena noticia, que es la salvación de Dios, y, por ello, es a la vez una catequesis para los creyentes y un mensaje evangelizador para todo el que lo escucha. Cito textualmente sólo unas iluminadoras palabras situadas en el tercer apartado: «*Por eso, la "condenación" no se ha de atribuir a la iniciativa de Dios, dado que en su amor misericordioso él no puede querer sino la salvación de los seres que ha creado*». La inmensa mayoría de las muchas personas, con las que he compartido la «lectura» de este documento, desconocía su existencia, pero nos hemos extrañado juntos muy agradablemente por la claridad y sencillez de su mensaje, profundamente arraigado en la Palabra de la Biblia.

39. He anudado lo leído en *El hereje* con lo citado por Juan Pablo II para ejemplificar, al final de estas páginas, alguna dimensión del aquí denominado evangelista o ministro ordinario de la evangelización. Además de lo señalado de él anteriormente, quiero indicar que el buen evangelista se parece «*al escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos y al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo*» (Mt 13, 52). Con total seguridad, del arca del amo sólo puede salir aquello que previamente fue allí guardado. El evangelista es o posee en sí, a modo de arca, una gran alforja en la que va guardando los múltiples y muy diversos «materiales» que se va encontrando en la realidad del camino de la vida. Y llamo, en este contexto, «material» tanto a la obra de Delibes, como a la meditación de Juan Pablo II, como al texto de una plegaria, una noticia, un titular, una imagen, una canción o la misma formulación de sus pensamientos y sentimientos... Estos materiales van siempre en su alforja, pero nunca van mudos, mancos, ciegos, sordos o independientes, sino constantemente relacionados unos con otros, a veces anudados entre sí e, incluso,

amasados. Eso es, amasados en la vida del evangelista con el agua de la fe y la harina de la Palabra de Dios, que es el libro de su misión evangelizadora. Por eso, como el buen amo de la casa y como Jesús de Nazaret, el evangelista acierta a poner en toda ocasión sobre la mesa grande de la evangelización el tierno y sabroso pan de una buena noticia para los comensales.